

Formato digital
ISSN 2542-3460
Depósito legal ZU2017000273

Formato impreso
ISSN 1317-102X
Depósito legal pp 200002ZU729

Revista de Artes y Humanidades



UNICA

Universidad Católica Cecilio Acosta



*Prospectivas y desafíos en
la educación del siglo XXI*



UNICA

Año 24
Enero - Junio
2023

Nº 50

Misceláneas sobre una educación para la interioridad

MUÑOZ ARTEAGA, Valmore

Colegio Mater Salvatoris
valmore.munoz@matersalvatoris.org
Maracaibo - Venezuela

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.8427114>

Una nota sobre la interioridad

El *Diario* de Ana Frank es uno de los documentos más conmovedores que se escribieron en el marco del Holocausto. En sus páginas podemos degustar de un corazón que se mantuvo en estado de pureza pese al encierro y la amenaza constantes. No cabe duda de que es una de las obras cumbres del siglo XX. Sin embargo, el diario cierra sus páginas pocos días antes de ser descubiertos “en la casa de atrás”. De tal manera que, como es de suponer, no hay noticias de su experiencia en Westerbork, Auschwitz y Bergen-Belsen, donde hallaría la muerte.

Sin embargo, hay otro diario, no tan famoso, pero sí muy valioso para conocer el mundo interior de un judío en el corazón del Holocausto. Se trata del *Diario* de ETTY HILLESUM, judía neerlandesa, escrito entre 1941 y 1943. Diario que recogerá su evolución espiritual, su valor humano, ético y trascendental, muy influenciado por el escritor Rainer Maria Rilke. En sus páginas pude darme cuenta de un error en mi manera de manejar el concepto de la interioridad. De esos errores van estas líneas.

La cultura en occidente ha sustentado su existencia en la dualidad, cuyo resultado más notorio es la erosión lenta, pero firme, del sentido de la vida, del hombre y su relación

con todo lo que está a su alrededor. Nunca hemos podido, pese a infinidad de intentos, armonizar todas las dimensiones de la realidad en libertad y espontáneamente. En los intersticios de esa dualidad, el concepto de interioridad se ha asomado muchas veces, aunque como término filosófico formalmente hablando podría hallar su origen a comienzos del siglo XX, gracias a figuras como Husserl, Mounier y Edith Stein, que lo rescatarán de la corriente pietista del siglo XIX, particularmente del pensamiento de Kierkegaard.

Para muchos autores, hablar de interioridad y de dimensión espiritual es redundante. La mala costumbre de este mundo secularizado tomó al concepto para atizar el fuego de la dualidad. La interioridad y la exterioridad no son la misma cosa, no forman parte del mismo espacio lingüístico, denotan universos distintos, peor aún, son contradictorios. Por ello, cuando se habla de interioridad, casi de manera automática, la audiencia se ubica de manera obediente y disciplinada en lo religioso, como si, además, lo religioso, lo espiritual, también fuera algo absolutamente ajeno a la exterioridad.

De alguna manera, tanto el diario de Ana Frank como el de Elly Hillesum nos demuestran que la interioridad y la exterioridad, ni siquiera son las dos caras de una moneda. La interioridad, no solo indica conciencia, mismidad, un yo que unifica y da sentido a todas las realidades que constituyen al hombre, además, y precisamente por lo expuesto, es ruta para acceder a nuestra verdadera identidad que solo se consolida frente al Misterio divino. La exterioridad, no solo es cuerpo y materia, sino revelación de lo cosechado en la interioridad, puesto que esta última se configura en y a través de las distintas dimensiones constitutivas del hombre, entre ellas, la sociabilidad.

El antónimo de interioridad no es exterioridad, sino superficialidad o trivialidad. Lo externo brota de la fecundidad de lo interno. Todo lo que arde dentro del hombre está llamado a expresarse saliendo de sí. Allí el sentido y sustento profundos del arte de educar. La interioridad requiere de una corporeidad, por ello, no es elegir entre una y otra, como pretenden algunos discursos espirituosos actuales. Se trata, más bien, de conjugarlas, de vivirlas en su mutua relación, que no es otra cosa que la manifestación del propio ser. Lo escribía Hillesum en su diario: “vivir totalmente por fuera como por dentro, no sacrificar

nada de la realidad exterior a la vida interior, ni tampoco a la inversa: he ahí una tarea apasionante”.

San Agustín, aunque no hablaba de interioridad formalmente, sí se refería a un enigma para sí mismo, que se iba develando en la medida en que el hombre se acercaba a Dios, al Otro radical. De la misma manera ocurre entre los hombres y mujeres que comparten un tiempo y un espacio. No hay interioridad sin trascendencia. Los frutos de la vida interior, así lo resalta Santa Teresa de Jesús, se alcanzan afrontando decididamente los desafíos de ese mundo interior que no se escapa de la integración personal con el otro. La interioridad solo es tal si se abre a la reflexión, al discernimiento, al amor y a la libertad para darle solidez al compromiso con el otro, con el mundo al cual pertenecemos.

Educación y mística

Josep Otón, profesor en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona, afirma que el interior humano requiere ser explorado y trabajado para descubrir en él los destellos de la dimensión trascendente de la existencia. Educar la interioridad implica una doble acción: 1.- posibilitar la emergencia de aquello que brota del interior; y 2.- canalizar este material psíquico para aprovechar su potencial sin distorsionar la vida consciente. Pensar en educar la interioridad nos obliga a asistimos con la etimología del término educar. Por un lado, procede del verbo latino *educere*, que significa “sacar de dentro”. Por otro lado, tenemos la segunda etimología que se le atribuye al verbo educar que es *educare*, cuyo significado es “conducir”.

Ahora bien, ¿qué es eso que será conducido de lo interior a lo exterior? El Evangelio afirma algo de lo cual considero debemos partir. En *Mateo 15,11* nos refieren a que “no es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre”. Esto significa que hay algo dentro del hombre que hay que cuidar y mantener puro. Hay algo dentro que debemos ayudar a salir con la finalidad de que no contamine. Entonces queda claro que hay que educar la interioridad.

Si el tema de la interioridad humana se ha tocado en alguna parte ha sido en la mística. La mística a lo largo del tiempo ha dado muestra de cómo el hombre puede deletrear el abecedario del amor. Resalta el *Fausto* de Goethe ante la pregunta sobre cómo expresarse bellamente: “es necesario que esto parte del corazón y cuando el seno esté desbordante de deseo, nos volvemos y buscamos...”. La mística ha mostrado siempre la ruta sobre el peregrinaje del saber vivir en el presente conociendo lo que representa la salud del momento, esto es sentir la vida en su plenitud dentro de nuestra limitación concreta. Esto nos obliga a volver sobre aquella vieja dicotomía entre el ser y el hacer. Para la mística, resalta Panikkar, la experiencia es fruto del ser antes que del hacer, lo cual significa que no se rechaza el hacer, sino que se le da su santo lugar.

La mística, que indaga en nuestro castillo interior, es una experiencia humana integral. Una dimensión antropológica por medio de la cual cada ser humano –todo hombre es místico– percibe las tres dimensiones de la realidad: sensible, inteligible y espiritual. La filosofía rosminiana apunta que existen tres formas de caridad que se distinguen en el obrar, es decir, en eso que sale al exterior: la caridad temporal se refiere a la obligación de ocuparse del que sufre; la caridad intelectual busca formar la inteligencia para alcanzar la verdad que ilumina; y la caridad espiritual conduce a gestionar al prójimo todo lo que es bien en orden a la salvación.

Hablamos en este caso de una educación que mire a la interioridad del hombre para conducir hacia afuera aquello que arde dentro de él. El pasaje de los discípulos de Emaús nos brinda algunas claves, pues ellos, al escuchar la palabra de Jesús resucitado sintieron arder su corazón. Esto significa que la voz de la mística nos dilata hasta el vértigo para mostrarnos al mundo en su más pura gracia ayudándonos a despertar todos nuestros sentidos y hacernos, no sólo testigos, sino partícipes de la belleza. Nos armoniza con las ramificaciones internas de la hermosura cósmica. Hace que el cada hombre tome conciencia de que es un ser entre el cielo y la tierra, esto es “con los pies toca la tierra, pero al darse cuenta de este toque se percata que tiene una cabeza que puede tocar también en el cielo con su vista”, señala Panikkar.

Una educación permeada por la mística, no sólo nos conduce a preparar una educación para la interioridad, sino que, a su vez, como la mística ayuda a devolver a las palabras su sentido pleno, entonces abre el compás sobre el acto de conocer para indicarnos que esto siempre será más que memorizar y almacenar información. Ayuda a tocar la realidad desde la perspectiva ardiente del amor.

Educar para el silencio

En el libro de *Proverbios* nos brinda un acercamiento muy valioso a la hora de meditar sobre la posibilidad de educar al ser humano en su relación con el silencio. Por una parte reconoce que “aun el necio, cuando calla, es contado por sabio; El que cierra sus labios es entendido” (17,28) y por otra resalta que “la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” (15,23). Educar al ser humano en su relación con el silencio significa la comprensión profunda del valor de la prudencia. Hablar cuando resulte verdaderamente oportuno y, por supuesto, al hacerlo que realmente valga la pena.

El apóstol Santiago, comprendiendo cabalmente estas cuestiones señala sin cortapisa que “todo hombre sea pronto para oír y tardo para hablar” (1,19). Hacer silencio parece en ciertos momentos sencillo, tanto como hablar. La verdadera dificultad parece radicar en hacer silencio cuando realmente hay que hacerlo y hablar cuando esto sea, no sólo requerido, sino necesario. Buda invita a comprender el habla como una virtud. Una virtud que no sólo expresa hacerlo oportunamente, sino emplear la palabra apropiada, esta, sin duda brota del silencio.

Gianni Vattimo señala que el silencio funciona con el lenguaje como la muerte en relación con la existencia. Ante la presencia de la muerte, la existencia cobra otro valor, más bien entramos en cuenta del valor sustancial de poder vivir, de poder existir. El silencio es un horizonte que necesita la palabra para poder resonar. El silencio es ese instante en el cual podemos buscar la palabra apropiada, en el que tomamos la decisión de mentir o abrazarnos a la verdad. Cuando hacemos silencio antes de hablar es la

oportunidad, como señala el *Mahāsatipaṭṭhāna sutta*, abstenernos de hablar maliciosamente, del empleo de palabras ásperas y de la charla frívola.

Dios, antes de decir “haya luz” (Gen 1,3) había hecho silencio. La Creación con toda su belleza y perfección no es producto tanto de la Palabra como del Silencio. Allí, en ese silencio divino, Dios pensó aquello que desencadenaría toda la existencia. Imam Al-Bujari, compilador y erudito musulmán, señala de manera contundente que quien cree en Dios –ese Dios Creador– que hemos mencionado debe decir buenas palabras o permanecer en silencio. El *Corán*, sobre el valor del silencio como ventana hacia la prudencia, exalta la necesidad de un hablar modesto y sereno, puesto que el ruido es más desagradable que el rebuzno de un asno.

El apóstol Santiago ve en la lengua como un fuego, un mundo que maldad que, aunque pequeño, se jacta de grandes cosas (cfr. 3, 5 – 6). Por ello, como hemos apuntado, hay que pensar antes de hablar con la finalidad de pronunciar, efectivamente, la palabra correcta. El Corán exhorta a los hombres a ser siervos del misericordioso que caminen sobre la faz de Tierra con humildad, que cuando sean increpados por los ignorantes les respondan [con palabras de] paz. Hablar adecuadamente nos transforma en los instrumentos de paz que exalta la sensibilidad franciscana, por ello, antes de hablar busquemos en el silencio interior preguntándole si lo que estamos a punto de decir es útil, inspirador, necesario o amable.

El *Noble Camino Óctuple* del budismo ahonda en esta realidad del habla. Nos refiere a que el habla correcta es algo más profundo que corregir el habla. El habla correcta supone cuatro aspectos a considerar con seriedad y profundidad: abstenerse del lenguaje falso, no emitir calumnias sobre otro, inhibirse del lenguaje grosero, descortés o abusivo, y evitar acercamientos al chisme o las habladurías. No se trata sólo de corregir el lenguaje, sino corregirnos profundamente.

Hacer silencio para procurar un hablar corrector implica algo más profundo y complejo: acallar el infierno en que nos hemos transformado producto de haber entrado,

casi complacidos, al ritmo vertiginoso de la cultura de la muerte. Cultura que nos ha vaciado de contenido, pero que hemos creado nosotros mismos. Hemos creado un lenguaje de la muerte y hemos sido seducidos por él. Hemos alimentado las palabras con veneno, carentes de bondad, de compasión, de alegría y ecuanimidad. No es fácil transitar este camino, pero si nos está resultando más sencillo aniquilar al otro con la lengua, entonces urge un cambio.

Educación como viaje interior

Escribe Michel de Montaigne sobre lo vital que es para la educación del hombre que éste, más allá de saber e ignorar, la meta del estudio debería contemplar el coraje, la templanza y la justicia; que el hombre tenga las herramientas para distinguir entre ambición y avaricia, servidumbre y vasallaje, libertinaje y libertad; “por qué signos se conoce la verdadera y sólida satisfacción; hasta dónde se ha de temer la muerte, el dolor y la vergüenza; qué resortes nos mueven y el origen de tantas agitaciones en nosotros”. El maestro, para el ensayista francés, debe orientar su trabajo de enseñanza en mostrar el ordenamiento de las costumbres y sus sentidos, a enseñar a conocerse y a saber morir bien y a vivir bien.

La pandemia ha agregado algo más en la lista de los deberes que ahora tiene la Educación: orientar en un proceso que se abra al cuidado de sí y del otro. Para ello, se requiere un ejercicio hermenéutico que permita reencontrarnos con el ánimo de responder a preguntas fundamentales como ¿Qué es lo que somos? ¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos? Preguntas que resultan un reto luego de la pandemia y del horror de los que hemos sido testigos en Ucrania.

Michel Foucault en su libro *Hermenéutica del Sujeto* intenta dar respuesta a estas preguntas inquiriendo en la antigüedad para llegar a la práctica del cuidado de sí. Cuidado que abre sus brazos a tres aspectos muy precisos: mi relación con respecto a mí mismo, al otro y el mundo; manera en que se plantea la atención que implica conducir la mirada del exterior al interior; y, las acciones a ejecutar por las cuales nos hacemos cargo de sí mismo.

Claro está, estamos ante una práctica de la subjetividad, lo que implicaría una reconciliación con el universo simbólico del hombre debilitado por el erróneo ejercicio de la racionalidad moderna.

Lógicamente, estas cuestiones denotan una revisión de las prácticas pedagógicas en cuanto a que el objetivo no es exactamente la formación para aprender algo exterior, sino una educación que impulse el ejercicio reflexivo con respecto a sí mismo, en especial con la experiencia que tiene de sí mismo. Foucault tiene claro que un hombre capaz de cuidar de sí mismo es un hombre capaz de gobernarse y de regular con sabiduría su relación con los otros. El maestro debe aprender a contemplar al estudiante, no como estudiante, sino como un artista de sí mismo basado, no en el cuidado de riquezas, sino de sí mismos y de sus almas. Este cuidado de sí que podríamos ver como una formación de sí, es el resultado de una hermenéutica del sujeto por medio de la cual éste aprende a escucharse, mirarse e interpelarse como persona.

Entre 1795 y 1796, Goethe publica lo que será su segunda novela, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. La novela cuenta la historia de una autorrealización a partir del desencanto que por la vida sentía el protagonista. A este tipo de novelas, muy popular en Alemania, se le llaman *Bildungsroman* o novelas de formación. Gadamer, filósofo alemán, señala que *bildung* significa la cultura que posee el individuo como resultado de su formación en los contenidos de la tradición de su entorno. En esta formación, el hombre va a apropiarse por entero de aquello en lo cual y a través de lo cual se forma. Una formación que se va tejiendo a partir de un profundo viaje interior a través del cual saldrá a la luz el oro que brilla en cada ser humano.

En tal sentido, y bajo el esquema trazado, la formación va a adquirir un sentido mucho más trascendental. Esta formación no busca sólo el mero conocimiento profesional, sino un sentido ético y estético que le permita alimentar su subjetividad que le sirva de insumo para problematizar la vida teniendo como materia prima a sí mismo. Aquí, entonces, se desnuda el papel del maestro: hacer que cada alumno llegue a hacerse a sí mismo, como nos recuerda el *Ecce Homo* de Nietzsche. Hacerse a sí mismo no para

quedarse replegado en él, sino para trascenderse, para volver a ser un espíritu libre que ha vuelto a tomar posesión de sí.

Educar para sentir

“Después de todo, escribe Fernando Pessoa, la mejor manera de viajar es sentir”. Luego, como exigencia profunda de su mismidad más humana afirma que desea sentir como varias personas, intensa y estridentemente; simultánea y unificadamente, dispersamente, sentir, pues en el sentir cree poseer la existencia total del Universo. Sentir hasta que sienta sollozar en lo íntimo de su corazón el pasmo conmovido de haberlo sentido todo de todas las maneras y excesivamente. Sentir, sentir, sentir, sentir esa locura exquisita que es fuente de la sabiduría: el asombro del que hablaba Platón. Sentir la extensión de lo humano con ese amor que no cansa ni se cansa.

A este mundo parece que le falta sentir, es más, necesita aprender a pensar con los sentimientos que ayuden al hombre, al menos por una vez, escapar de una racionalidad que se volvió ideología que se ceba con el mito científico que domina la cultura moderna: lo que es científico tiene garantía de seriedad, de calidad e incluso de verdad. Lo otro, eso que siempre le será sospechoso, irracional, será señalado como parte maldita, instante oscuro, locura.

Por ello resulta necesario pensar en una educación para el sentir, una educación que estimule la apreciación de la belleza que deambula desnuda dentro del hombre y fuera de él. Por ello, Albert Camus señaló enfáticamente que el mundo es bello, y fuera de él no hay salvación. Y en esa belleza que nos habita y que habita al mundo, el hombre puede encontrar la experiencia salvadora de la plenitud... por eso es bello. Una educación que sienta la belleza que arde en la creación es una que aprenda a contemplar, que enseñe a contemplar, que se aleje velozmente de esto en lo que se ha vuelto: algo prosaico, técnico, gris y, muchas veces, vulgar.

Educarse ha transformado en una especie de oficio espeso donde van y vienen recetas, y se metió tanto en los recetarios que pasó por alto algo fundamental: el ser humano no responde a recetarios, entre otras cosas, porque el ser humano es un caos, un caos maravilloso. El ser humano es un misterio que desborda la receta, que lo desborda todo.

En tal sentido, ¿qué podemos hacer si no podemos saberlo todo? Aprender a sentir. Aprender a deletrear el abecedario del amor. Darle la oportunidad a una dimensión que arde en cada uno de nosotros, pero que hemos sepultado y se nos ha enfriado el corazón. El hombre necesita un corazón que arda (Lc 25, 32), un corazón de carne y no de piedra (Ez 36, 26). Necesitamos una educación que busque a un hombre que busque ser hondo desde lo sencillo. Una educación que estimule al ser humano a buscar infatigablemente aquello que es más grande que él, pero que lo habita, le da forma, lo mueve, el silencio.

El conocimiento se construye desde el ser que siente, desde el ser sentido heideggeriano. Sentido como verdad encarnada que brota a partir de una sociología de la caricia, un logos afectivo, y el logos es el soplo divino que nos traspasa comunicándonos con el Absoluto. En términos más preciso, lo que se necesita es que el hombre sea más humano en lugar de no-humano, puesto que, afirma Heidegger, esto es ajeno a su esencia.

La educación es una experiencia sensible. Cuando hablamos de la experiencia sensible, sin lugar a dudas, hacemos referencia al amor como la experiencia existencial más relevante para todos los seres humanos. El amor como acto fecundo de la voluntad, como conciencia superior de estar vivos, como conciencia luminosa que se lanza al mundo para abrazarlo en su totalidad, en su trascendencia mundana. Amor que nos impulsa hacia un saber del alma que se va tejiendo en el caminar en compañía del otro que se desnuda junto a nosotros en la metáfora del corazón que nos ayuda en este proceso de interpretación y autointerpretación sensorial. Esta experiencia sensible nos cobija en la intuición de gustarnos, mirarnos, olerarnos, tocarnos y escucharnos. Que aprendamos a buscarnos a nosotros en el otro sin abandonar nuestro sí-mismo más profundo. Buscarnos en el otro

vaciándonos y, al mismo tiempo, que el otro se busque en nosotros saliendo de él mismo como posibilidad amante.

El hombre y el horizonte

Hay un poema de Stephen Crane, poeta norteamericano, que me cautivó desde el mismo instante en que lo leí. El poema se llama Yo vi a un hombre persiguiendo al horizonte. Dice así: “Yo vi a un hombre persiguiendo al horizonte; corrían y corrían dando vueltas. Yo me quedé pasmado. Lo increpé al hombre. «Es inútil», le dije, «nunca podrás». «Mentira», gritó, y siguió corriendo”. Qué maravilla de poema. Tanto en tan pocas líneas. Cierro los ojos para imaginarme aquello que Crane me obsequia en este poema.

¿Qué persigue este hombre cuando persigue al horizonte? ¿Qué cosa es el horizonte? ¿Qué representa? ¿Qué importancia tiene como para que un hombre, no solo lo persiga, sino que se enfrente al escrutinio del otro que no comprende su acción? Estos versos desnudan esencialmente la dignidad del ser humano que, aunque parezca incapaz de hacer frente a ciertos retos, no se da por vencido, lo sigue intentando. En la perseverancia de todo ser humano se puede evidenciar algunas veces que el don de la Salvación es eterno y por este motivo los creyentes deben de persistir en su compromiso de fe, existan las circunstancias que existan.

La tendencia hacia lo sobrenatural, reflexiona Walter Otto, se debe al defecto mayor del hombre, que es su rechazo a dejarse guiar por la naturaleza, por el misterio. Se revela ante la posibilidad de dejarse sorprender por Cristo. La racionalidad moderna sembró en el hombre una desconfianza absurda ante lo mistagógico, ante lo sobrenatural. Le enseñó que todo ello estaba lejos de su alcance y que, por lo tanto, toda búsqueda en este sentido resulta inútil e inconcebible. Estamos convencidos de que la verdad solo se desgrana a través del conocimiento certero de la ciencia y que nada tiene que ver con las cosas mismas y en las posibilidades en que se manifiesta.

Ludwig Schajowicz, profesor y pensador austríaco, resalta atinadamente que a los hombres parece costarnos aceptar que el universo es un enigma y, más aún, que en definitiva tanto él como las cosas que le rodean también lo sean. El poeta Rafael Cadenas señala al respecto que el hombre, en especial el moderno, está acostumbrado al conocimiento, cuya jurisdicción es reducida, apenas puede atinar a explicarse cómo funciona la parte de la naturaleza que ha logrado conocer. La razón, por más que intente, por más que busque, no puede con la totalidad. Por ello, ante cualquier expresión que contraríe sus limitaciones, grita: “es inútil, nunca podrás”.

“Horizonte lejano: no puedo tocarte”, escribe Alfonsina Storni. ¿Será efectivamente así? Jesucristo es el horizonte de todo hombre. Idea que, sin duda, tendría que estimularnos a pensar en ir más allá de una cristiandad (una civilización) y hasta de un cristianismo (una religión) consecuencia de la primera. Esto lo señalaba, en cierta forma, Benedicto XVI, cuando sostuvo que la Iglesia del siglo XXI sería salvada por la participación de pequeñas comunidades cristianas, comunidades muy vivas que están renovando el anuncio de manera creativa con la finalidad de mantener viva la llama. Pequeñas comunidades que emprendían la tarea de ir en búsqueda del horizonte como plenitud de la vida en Cristo.

Este horizonte lo definía Raimon Panikkar como *cristianía*, descrita como el resultado del encuentro con Cristo como centro de uno mismo, de la comunidad humana y de la realidad. Hombres y mujeres que se lanzaban a la aventura maravillosa que dejarse sorprender por Cristo, asumiendo tal sorpresa como una manifestación de Cristo a la conciencia humana, incluyendo una experiencia del Cristo y una reflexión crítica sobre la misma. Un horizonte trazado por la experiencia de una original búsqueda teológico-bíblica sobre la vivencia personal de Jesús como mística, que no es espacial, señala el pensador español, o como ya lo había señalado San Pablo al afirmar que ya no era él, sino Cristo quien vivía en él (Gal 2,20). Y esto no nos habla de un horizonte lejano, sino de uno muy cercano, tan cercano que tan solo se alcanza con valentía, fortaleza y amor.

Recuperar el universo simbólico

En su *Ética para Nicómaco*, Aristóteles escribe que resulta muy difícil orientar convenientemente hacia la virtud a un hombre desde su infancia, si no tiene la fortuna de haber sido educado bajo el amparo de las buenas costumbres. Las virtudes no bastan con saber lo que son, lo que significan. Resulta de vital importancia hacer el esfuerzo de poseerlas y llevarlas a la práctica, alimentar la dinámica social y de las relaciones humanas con sus nutrientes. En una primera instancia, las familias deben agotarse en conducir a los jóvenes a perseverar en el bien y, como ratifica el estagirita, “convertir un corazón bien nacido y espontáneamente bondadoso en amigo inquebrantable de la virtud”.

La *Sagrada Escritura*, en todo momento, invita al hombre a procurar tener un corazón puro, “esto es, tener como única meta hacer la voluntad de Dios para su gloria” (1Co 10, 31). Precisamente de esto se trata la virtud. El hombre es creador de su mundo, está llamado a edificar su propio existir y para que este existir tenga como norte la virtud es menester que se pueda acceder a un estado de verdadera autenticidad, ya que serlo es el valor primario que fundamenta toda moral. Por supuesto, convenimos en que hablamos no de un universo racional, ni sensible, sino de un universo simbólico.

El universo simbólico viene a ser la fuente específicamente humana por la cual el hombre da origen a la cultura. Cassier entenderá por cultura todas las dimensiones en las que se despliega el espíritu humano, no para admitirlas de forma aislada, o como un todo compuesto por la suma de las partes, sino que debe trabajar desde la suposición de que ha de ser posible referirlas a un punto central unitario, a un centro ideal que, críticamente considerado desde los presupuestos gnoseológicos de Kant, no puede residir en un ser dado, sino en una tarea común. Por eso, la cultura no debe ser entendida como un conjunto de cosas dadas (*facta*), sino como la creación cultural del hombre (*feri*).

En tal sentido, el hombre es un ser simbólico. Cuando somos testigos de vidas que se consideran vacías y sin finalidad alguna, podemos estar presenciando a un ser humano extraviado de su universo simbólico. De nada sirven la ciencia, la técnica, la energía, de nada sirve nada, si la persona no posee las virtudes que se estimulan a partir de un universo simbólico bien consolidado. Ese universo abre las puertas, no solo a la realidad real, sino a

nuevas y más profundas dimensiones de ella. Resulta determinante para la fundamentación de un mundo interior cuya expresión, como hemos señalado, definirá su identidad. El hombre no vive solamente en un universo puramente físico o material, sino en un universo simbólico, puesto que allí se va tejiendo, en medio de emociones, esperanzas, temores, ilusiones y desilusiones imaginarias; es decir, rescatando a Epícteto, allí se forjan las opiniones que, en definitiva, son las verdaderas fuentes de nuestras perturbaciones y alarmas.

Al definir al hombre como un ser simbólico se toma como punto de partida para distinguirlo del animal al lenguaje. En tal sentido, se ha concluido que el lenguaje se divide en niveles. El primero de esos niveles es el lenguaje emotivo que comparte el hombre con los animales. Hay un nivel superior propio del hombre: el lenguaje proposicional. Por medio de él, el hombre aprende a objetivar el mundo, a comunicar sus emociones y afectos. Por esta razón los valores deben su existencia al lenguaje. Mientras más amplio y desarrollado sea el lenguaje, más amplio el universo simbólico y, por consecuencia, mayor pertinencia tendrá la participación del hombre en la realidad.

A partir de este lenguaje proposicional o estructurado, nacerán los mitos, las ideologías, las religiones, las ciencias, las artes. Mientras más rico resulte el universo simbólico en cada ser humano, más se enriquece todo lo que rodea al hombre, pero también, por supuesto, todo lo que habita en su interior. Desde ese lenguaje, el hombre va a ingresar en la trama histórica. Ahora bien, ¿con cuáles insumos ingresamos a la trama histórica? Trama que, a su vez, el hombre mismo va gestando. La respuesta, o parte de ella, la hallamos en un ensayo de Alfons Deeken, filósofo alemán, llamado La tarea moral del hombre moderno: “Los hombres harán de sí mismos diferentes tipos de personas según los valores que realizan en la vida o según las opciones morales que efectúan”.

Paz y Bien



UNICA

REVISTA DE ARTES Y HUMANIDADES UNICA

Nº 50 Vol.24 – 2023 - 1 (Ene – Jun)

*Publicación en formato digital a cargo del Fondo Editorial de la
UNIVERSIDAD CATÓLICA CECILIO ACOSTA. Maracaibo-Venezuela*

<https://revistas.unicaedu.com/>